Cuentos de lo lejano

Cronista Atormentado

Capítulo 1

Hasta la próxima vida

—Dígame, señor García—dijo un hombre alto y encorvado que estaba apoyado sobre una vieja mesa de madera—. ¿Cree usted en la reencarnación? —García estaba maniatado a una silla y permanecía asustado y en silencio ante su opresor. Nada contestó—. Yo sí—prosiguió esta vez sonriendo—. Y recuerdo muy bien mi vida anterior. No ha sido fácil. Ha sido un constante ejercicio de reflexión y meditación en la más absoluta soledad, pero lo he conseguido. Recuerdo mi vida anterior.

El secuestrador caminó con paciencia por la oscura estancia, sólo alumbrada por una lámpara que albergaba una pobre bombilla, y comenzó a rebuscar en un amplio cajón de un anciano armario sin puertas, arrojando al suelo con indiferencia varios papeles y carpetas roídas por los ratones.

El apresado miró a la única salida que en la sala había, pero era imposible la huida. No había ventanas ni puertas corrientes, sólo una trampilla en la parte superior por la que solamente era posible acceder por unas escalerillas. Ya había revisado la habitación varias veces con la esperanza de que algún detalle consolador se la hubiera pasado por alto, pero nada halló. No tenía ya fe de escapar de aquel maldito zulo.

—Aún no me ha contestado, señor García—recordó el delincuente, esta vez con un sutil matiz de impaciencia que intranquilizó a la víctima.

—No lo sé—respondió con inquietud, como si su vida dependiera de su tardanza—. Pero ¿qué importancia tiene?

—¡Mucha!—el rapto gritó sobresaltando al maniatado—. La reencarnación es un hecho y no una teoría salida de un cuento religioso. Nuestra alma viaja de cuerpo en cuerpo desde tiempos inmemoriales hasta… ¿Quién sabe cuándo? Al fin y al cabo, ya lo dijo Einstein: *la energía ni se crea ni se destruye, sólo se transforma*. Piensa en que todo lo que pensamos y sentimos es energía, somos energía pura, y cuando morimos, ¿a dónde va esa energía? ¿Acaso se pierde en el cosmos como el viento que viaja libre por el aire? No. Nos reencarnamos.

García se preguntaba una y otra vez por qué le pasaba esto a él. Por qué este lunático le había abordado en el parque mientras paseaba en mitad de la noche, y le había secuestrado a punta de pistola. *No emitas ni un ruido, no hagas ni un movimiento en falso o me vengaré aquí mismo sin importarme las consecuencias*, dijo. ¿*Vengaré*? No había reparado

hasta ahora en esa palabra. ¿De qué querría vengarse ese hombre en apariencia tan desquiciado?, ni siquiera lo había visto en toda su vida. Quizás pudiera convencerlo de que se estaba equivocando de persona, de que estaba cometiendo un error.

—No se lo diré a nadie, pero por favor suélteme.

—Dígame, García—el secuestrador no se inmutó ante la petición del desdichado—. ¿Nunca ha sentido una extraña e incomprensible melancolía al contemplar una escena o al oler un aroma en particular? ¿Nunca en su mente ha aparecido un paisaje que le haya evocado una confusa tristeza en su interior? ¿Nunca ha sentido una incomprensible punzada de añoranza al formar en sus sueños un lugar que está seguro de conocer pero que nunca ha visitado?

—No sé—contestó con paciencia, dispuesto a esperar el momento adecuado para mostrar a ese hombre su equivocación.

—Eso es un recuerdo de otra vida pasada—aseguró—. Y estoy seguro que tú lo has sentido, pero ahora vamos a hacer un pequeño ejercicio. Vamos a iluminar tu mente y a refrescar tu memoria. Vamos a regresar a tu vida pasada.

García comenzaba a temer que el ejercicio en cuestión se tratase de algún tipo de tortura y, con premura, dijo:

—Es inútil, no creo en la reencarnación y nunca podría recordar algo que no he vivido. Oiga, yo no le conozco de nada, no sé por qué busca venganza pero es evidente que se ha equivocado de persona, de mí no ha de resarcirse de nada, ¿entiende? Usted y yo no nos hemos visto en la vida.

—En efecto, no nos hemos visto en esta vida, pero sí en la anterior—dicho esto, García desesperó y comprendió que no podría hacer nada para cambiar de opinión a este maniático. Estaba loco del todo—. Ya lo creo que nos vimos, compañero, sin embargo, voy a intentar sacar a la luz eso que tienes en el interior, esa información que el alma oculta para preservar la cordura.

—¡Estás loco!—exclamó el infeliz maniatado.

—¿Tú crees?—el perturbado mostró una curiosa sonrisa de picardía—. Te voy a mostrar un objeto y me vas a decir si percibes algo en él.

A continuación, el excéntrico secuestrador sacó de un bolsillo de su oscura y sucia chaqueta un guante de cuero bastante viejo, y se lo mostró lo bastante cerca para que notara su fuerte olor a almizcle. García sintió un raro pinchazo en el pecho, probablemente debido al fuerte aroma de la

prenda, y exclamó:

—¡No tengo ni idea de lo que quiere que vea ahí! No soy más que un simple periodista que lo único que quiere es vivir una vida sencilla, tener una esposa y puede que hijos, pero por favor no acabe con eso. No me mate, se lo suplico.

—Pero eso no es lo que antaño anhelabas—afirmó ahora con ira—. En otro tiempo fuiste ambicioso y gozaste de fama y riquezas —García comenzó a sollozar sin consuelo mientras el trastornado proseguía con su enérgico monólogo—. En tu otra vida eras un niño consentido que todo lo tenías y todo lo podías conseguir… bueno, casi todo. Ella nunca fue tuya.

—¿Ella?

—Sí, ella. A ella la conocimos en el cine que tú y yo frecuentábamos cuando aún éramos amigos, y yo me enamoré, mientras que para ti no era nada más que un efímero capricho con un mágico vestido, a ti sólo te importaba conseguirla para luego hacer con ella lo mismo que hacías con el resto. Pero yo la amaba y tú, que nunca encontrabas privaciones, te obsesionaste con ella.

»Era especial, nunca he podido encontrar a nadie como ella. Nunca se vio impresionada por tus coches lujosos, ni por tus engalanados trajes, o por tus propiedades en el centro. No. Ella se fijaba en el alma de la gente y en la tuya sólo encontró vacío, por eso se fijó en mí. Pero tú eso no lo comprendiste y te comportaste como un niñato malcriado, aunque no tenías otra forma de ser. No podías soportar la idea de que había algo en el mundo que no pudieras tener de igual forma que se puede poseer un coche. No te entraba en tu cabeza que pudiera haber sentimientos que despreciaran o ignoraran el dinero, pero tú sólo entendías el idioma del materialismo, nunca veías más allá del color del oro.

»Hasta que un día, ocurrió. Tu mente enfermiza te obligó a seguirnos cuando ella y yo buscábamos intimidad en el parque y, cuando nadie nos podía ver cometiste una crueldad. Me mataste, François. Tu mano enfundada con este guante apretó el gatillo que acabó con mi vida.

—Oiga, se lo suplico—imploró García—. Se está equivocando, yo no soy ese tal François. Si es por dinero yo no tengo mucho, pero puede que sea suficiente para usted. Yo me marcharé y no diré nada a nadie, ni siquiera a la policía.

—No has cambiado nada, François. Lo material sigue siendo el centro de tu vida, ¿no lo ves? Pero lo más grave no es que me mataras a mí, François. Lo que no te perdono es que a ella la violaras y la asesinaras, lo que jamás te perdonaré es que le hicieras daño a ella. Ella era inocente y pura, pero tú no respetaste nada de eso, nunca respetabas nada. Acabaste con su vida como quien arranca una insignificante brizna de

hierba de una amplia pradera, pero ella era especial, ella era única.

»La he buscado por todas partes, François. He buscado a Carla por toda Europa y por parte de América, sin embargo no la he encontrado y ya no albergo esperanzas de hallarla en esta vida. Nos separaste, puede que para siempre, y ahora me obligas a un sinfín de solitarias existencias, por lo que no me queda más remedio que vengarme. En esta y en cada vida siguiente que me espera en el existir de este mundo, buscaré a Carla mientras que mis cuerpos me lo permitan, pero no olvides que si no la encuentro, regresaré a ti y me vengaré de tu persona por lo que hiciste en aquella noche de verano en la que interrumpiste dos vidas y una historia de amor. Te mataré una y otra vez hasta que mi alma encuentre descanso junto a la suya. Acabaré contigo sin dudarlo e interrumpiré tus sueños y ambiciones tan bruscamente como tú terminaste con los nuestros. Romperé tu mundo una y otra vez y te atormentaré tantas veces como haga falta hasta que pueda tenerla a mi lado.

El secuestrador sacó una pistola automática del bolsillo y apuntó a la cabeza de García, el cual lloraba y gritaba en busca de un auxilio que nunca llegaría. El perturbado sonrió sin ganas y, antes de apretar el gatillo, dijo:

—Adiós, François. Hasta la próxima vida.

Capítulo 2

La isla extraña

No sabía cuánto llevaba allí ni cuanto permanecería. No recordaba haberse despertado, aunque tampoco recordaba haber dormido. Solo sabía que estaba enclaustrado en aquella extraña y pequeña isla, sin poder comunicarse con nadie y sin poder ver nada, pues la espesa bruma que la rodeaba no permitía vislumbrar más allá de ella, y tampoco dejaba que la luz del sol bañara las gélidas aguas. ¿Luz del sol? Ahora se preguntaba qué era eso, quizás solo palabras.

El agua estaba tranquila, como si nada ni nadie la alterara en kilómetros a la redonda en ese frío lago. ¿Habría alguien más allá de la bruma? En ocasiones escuchaba voces que salían de la niebla, de todas partes, pero nadie respondía cuando él gritaba o clamaba auxilio. Nadie le respondía cuando preguntaba quién era él mismo, o qué estaba haciendo allí.

No sentía esperanza, sin embargo tampoco desamparo. Su estancia en esa isla era tan gris como el cielo, tan vacía como el ambiente. No había nadie que lo ayudara, pero se preguntaba si debía ser auxiliado o su existencia era así desde el principio. No sabía quién era ni de dónde venía, desconocía su pasado y su futuro tanto como desconocía su presente, puede que, en aquella isla extraña donde no corría ni una pizca de aire, no existiera el tiempo.

¿Tiempo? ¿Qué es eso?

Pero entonces al agua rompió su mutismo y unas minúsculas olas quebraron la tranquilidad que reinaba en la isla: alguien se acercaba en algo que parecía ser un bote.

—Hola, André —saludó el tripulante del bote.

—¿Ese es mi nombre? —contestó el habitante de la isla.

—Sí, André —respondió el extraño.

—¿Quién eres? —inquirió de nuevo el morador de la isla—. ¿A qué has venido?

—Soy alguien cercano que ha venido a traerte de vuelta.

—¿De vuelta a dónde?

—De vuelta a casa, con los tuyos—contestó el visitante.

—Con los míos —repitió el habitante—. Entonces, ¿esta no es mi casa?

—No.

Las voces volvían a arremolinarse en el aire, pero, como siempre, eran confusas y casi ininteligibles.

—¿Qué son esas voces? —preguntó el morador.

—Somos nosotros —le confesó el visitante—. Te hablamos para que vengas de nuevo al otro lado.

—¿El otro lado? ¿Qué es el otro lado?

—Has de verlo por ti mismo.

—Tengo miedo —dijo el habitante—. No quiero irme.

—Sé que aquí te sientes tranquilo, pero no perteneces a esta isla —aseguró el extraño—. Te esperan cosas allá en tu hogar. Aquí solo hay bruma. No hay futuro, ni esperanza, solo olvido.

—Olvido —susurró el hombre de la isla mientras un ferviente anhelo se apoderaba de él repitiendo ese concepto, como si quisiera ser parte de él y nada más existiese—. Me gusta esa palabra. Creo que quiero formar parte de ella.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó al fin el visitante—. ¿Recuerdas algo?

—No. En mi mente solamente existe esta niebla.

El morador de la isla hizo un ademán, señalando la bruma que envolvía cada rincón de ese paraje.

—Haz un esfuerzo —le animó el tripulante de la barca—. Haz que tus ojos se adentren más allá de ella, y observa.

André entrecerró sus ojos e intentó vislumbrar algo más allá.

—Veo agua —dijo al fin—. Veo agua y niebla. Como siempre.

—Más allá.

André miró con incredulidad al extraño, pero le hizo caso.

—Veo un puente —respondió asombrado—. También veo a alguien que está sobre él.

—Has de saber quién es ese hombre, pero para ello debes acompañarme —aseguró el barquero.

—No me importa. No tengo intención de saberlo, no tengo intención alguna de irme de mi isla.

—Si no me acompañas, ese hombre morirá. Sálvalo.

—¿Porqué me necesita?

—Sálvalo —reiteró.

André intuyó que debía darse prisa y, aunque dudó unos instantes, finalmente le dio la mano al extraño y montó en la barca. El barquero comenzó a remar hacia el puente, que ahora se diferenciaba con más claridad. La bruma se iba disipando poco a poco y el cielo, que hasta ahora había sido gris, se iba tiñendo de negro, del color de la noche que ahora les envolvía. Se podían ver en la lejanía hileras de luces que se extendían hasta el puente y que lo atravesaban. Entonces, el hombre que sobre él se encontraba, se arrojó al vacío, cerca de donde André y el barquero se hallaban.

—¡Dios mío! —exclamó André—. Hay que ayudarle.

—Esa es lo que haremos —respondió con frialdad el extraño.

—¡Dios santo! ¿Por qué lo ha hecho?

—Porque cree que su vida es tan gris como la isla que has abandonado.

—Pero ¿cómo lo sabe usted? ¿Quién es ese hombre? —preguntó André con exaltación, aunque en el fondo de su alma no quería escuchar la respuesta, como si algo en el rincón más oculto de su corazón le estuviera revelando en susurros la verdad.

—Eres tú.

André quedó mudo y perplejo durante unos segundos, resonando en sus oídos el sonido del remo en el agua, después entrecerró los ojos con ira y alargó su mano para tocar el hombro del barquero, pero cuando

apenas lo rozó, se despertó de un sobresalto y se vio agarrando el brazo de un hombre vestido de blanco que lo examinaba con meticulosidad, pero con un cierto matiz de tranquilidad que contrastaba con la exaltación que sentía André en sus nervios.

—¿Me oyes? —dijo el hombre—. ¿Me entiendes cuando te hablo? ¿Cómo te encuentras?

André intentó incorporarse y responder, pero le dolía todo el cuerpo y, aun a pesar de que se acababa de despertar, sentía un cansancio como nunca había experimentado. Ya no estaba en la isla y ya no se sentía vacío y tedioso, y la ausencia total de sentimientos había sido reemplazada por un manantial de emociones.

André intentó contestar otra vez, pero su boca no se movió y la impotencia obligó a asomar una lágrima por su rostro.

—Tranquilo, chico, no te fuerces. Llevas más de dos meses en coma.

Capítulo 3

El visitante nocturno

Laurent era un superviviente, un tipo duro a la antigua usanza de los que ya apenas quedaban. Había sobrevivido a una guerra mundial y a todas y cada una de sus penurias, incluyendo la posguerra y todas sus carencias.

Él vivía solo desde que su esposa falleció de cáncer hacía ya tres años, y desde entonces se había vuelto un viejo cascarrabias que apenas toleraba al resto de personas, y procuraba relacionarse lo justo para sobrevivir. Sólo salía de casa para comprar el periódico, el pan y comida si necesitase.

Laurent se había metido ya en la cama, pero llevaba una hora (o eso pensaba él) dando vueltas y no conseguía conciliar el sueño. No podía quitarse de la cabeza el partido de fútbol que había visto esa noche en la tele, y, malhumorado, se repetía que *no había sido tarjeta roja*, que *no había sido para tanto* y que el jugador del otro equipo había realizado *una burda pantomima*.

Entonces, en medio de sus cavilaciones, escuchó algo. Un sonido extraño. Metálico, quizás. ¡Ladrones! De ese casi imperceptible rumor, al fin distinguió sonidos de pisadas y, lo peor, era que podía escuchar como se acercaban por el pasillo, rumbo a su habitación.

Laurent encendió la lámpara de su mesilla de noche, se levantó, se puso sus gruesas gafas de aspecto anticuado y rebuscó en el primer cajón, donde guardaba un antiguo revólver, una reliquia histórica pero que aún funcionaba y podía cumplir el cometido para lo que fue creada: matar.

El anciano apuntó a la puerta, resuelto a disparar si el ladrón se decidía a entrar, preparado para cualquier posible desenlace. Pero el visitante se detuvo justo en al otro lado de la puerta, como si esperase a algo, y largo rato se quedó inmóvil y sin emitir ni un solo sonido. Entonces, Laurent cayó en la cuenta de que quizás la luz de su lámpara se había colado por debajo de la puerta y había alertado al intruso, por lo que inspiró hondo y, con un tono amenazador, dijo:

—Miserable bribón. Será mejor que no cruces esa puerta o te abriré

unos cuantos agujeros en tu cuerpo, maldito ladrón.

Durante un largo rato, sólo pudo escuchar el sonido de su fuerte respiración y el ritmo acelerado de su viejo corazón, no obstante, finalmente una voz serena salió de detrás de la puerta respondiendo:

—Hola, Laurent.

El intruso le conocía. Pero no podía reconocer la voz.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

El anciano comenzaba a plantearse que quizás el intruso fuera en realidad alguien conocido que se había presentado de mala manera en su casa, a altas horas de la noche y además de una forma muy grosera. Es más, la forma lenta y directa en la que el intruso se había acercado a su habitación, le hizo suponer a Laurent que el individuo conocía su casa.

De nuevo, la voz profunda del visitante se hizo notar desde el otro lado:

—He venido a por lo que ya no es tuyo.

«¿De qué sandeces hablaba el tipo ese? —se dijo—. ¿Lo que no es mío? Absolutamente todo lo que hay en la casa es mío.»

—Mira, mequetrefe —espetó malhumorado—. Lo que hay en esta casa me lo he ganado con el sudor de mi frente y también con la sangre de mis manos, así que no me vengas con tonterías.

En ese instante, el pomo de la puerta comenzó a girar lentamente, pero Laurent tenía la costumbre de dormir siempre encerrado en su habitación. Era un hábito antiguo que heredó de su severo padre y, en ese mismo instante, se había alegrado de ello.

—Muy bien, mequetrefe —Laurent cogió el auricular del viejo teléfono de su mesilla, quizás con un poco de exageración para que el individuo que se encontraba tras la puerta lo escuchara—. Voy a llamar ahora mismo a la policía y mi amigo el comisario hará que una o más patrullas lleguen en un santiamén. Aun estás a tiempo de marcharte si te quieres evitar un montón de problemas.

—No llegarán a tiempo —razonó el visitante—. Sólo he venido a por aquello que ya no te pertenece.

Laurent, que aún no había marcado ningún número en el teléfono, miró con sus ojos aviesos a la imperturbable puerta, y, con una creciente curiosidad y una extraña aceptación por lo que estaba sucediendo,

inquirió:

—Y ¿qué es aquello que dices que ya no me pertenece?

Todo se quedó en silencio durante unos segundos, hasta que el desconocido respondió:

—Tu vida.

Por un instante, Laurent se quedó sin palabras, mudo por la franqueza de la respuesta y por la calma con la que el visitante había contestado. Pero el anciano entonces supuso que se debía tratar de un simple maleante, un cobarde que entraba a hurtadillas en las casas y ahora trataba de amedrentarle.

Laurent rio casi a carcajadas y dijo:

—Mequetrefe, he sobrevivido a una guerra mundial, a un cáncer de pulmón y a un partido de fútbol desastroso, así que ningún ladrón aficionado me va a avasallar en mi propia casa. Soy un hueso muy duro de roer.

—Esta es la tercera vez que nos encontramos, Laurent —contestó el extraño—. La última vez fue hace tres años, cuando tu esposa murió.

El hecho de que este desconocido conociera el asunto y le recordara la muerte de su esposa le enfureció bastante, pero algo le decía que no era la primera vez que se encontraba con la persona que estaba detrás de la puerta y necesitaba saber quien era. Reflexionó unos instantes sobre las escuetas palabras de su asaltante y dijo:

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿cuándo fue la primera vez que nos vimos?

—En la tienda de primeros auxilios.

La respuesta fue corta, pero Laurent enseguida supo de lo que hablaba… y se estremeció.

En la Segunda Guerra Mundial, fue herido de gravedad. Una bala perdida le alcanzó el hombro y tuvo una gran hemorragia que casi pudo acabar con su vida. Cuando Laurent estaba allí en la tienda, agonizando, mientras el médico extraía la bala del cuerpo y él se debatía entre la vida y la muerte, Laurent sintió que alguien más se encontraba en el lugar. Recordó que con su visión borrosa intentó buscar a esa presencia que lo acompañaba además del médico, pero le fue imposible por la debilidad y el dolor.

Y entonces, también le vino a la mente como en aquella habitación del hospital, mientras su esposa exhalaba su último aliento, él se dio la vuelta pensando que no estaban solos, como si alguien hubiera osado interrumpir ese momento de sagrada intimidad, pero en realidad no encontró a nadie y pensó que fue sólo una sensación fruto del dolor emocional.

Todas esas extrañas imágenes del pasado le regresaron ahora a la mente y lo turbaron. Algo no marchaba bien, había cosas que no cuadraban, algo extraño en todo ese asunto que le comenzaba a incomodar de una forma… tenebrosa.

Su cerebro iba muy deprisa, pero poco podía sacar en claro, por lo que volvió a inquirir:

—¿Quién eres?

La voz grave del visitante, sin emoción alguna, respondió:

—Sabes lo que soy, pero tu subconsciente es muy fuerte y te protege del más antiguo de los miedos.

El anciano parecía ahora aun más anciano y sus manos temblorosas apenas podían sostener el revólver con el que encañonaba a la inanimada puerta. Se debatía entre la ignorancia y el conocimiento, sentía en lo más profundo que no quería saber más del visitante que se encontraba al otro lado del umbral, pero la insaciable curiosidad que siempre le había caracterizado era aún más fuerte, y se hacía paso en su ser con intensidad obligándole a pronunciar las palabras que no deseaba pronunciar:

—¿Qué eres?

En seguida se arrepintió de haber hecho la pregunta, y deseó con toda su alma que el visitante no respondiera, se marchara para siempre y no volviera nunca más. Pero la entidad que se hallaba tras la puerta no se fue y respondió:

—Soy la muerte.

Laurente jadeaba sin control mientras el pavor lo envolvía rápidamente, sus piernas comenzaron a temblar sin control obligándole a apoyarse súbitamente en la pared y sus manos temblorosas bailaban una trepidante y torpe danza, mientras sucumbía al más antiguo de los miedos.

Deseó que todo aquello fuera una horrible pesadilla y deseó despertar ya de ella, despertar e ir a desayunar y leer el periódico, tal y como hacía

todas las mañanas.

Pero un pensamiento salido de lo más recóndito de su cerebro, le desveló que nada de eso sucedería de nuevo y su cuerpo se estremeció con tal fuerza que sintió como el revólver se escurría entre sus ancianos dedos y, en un extraño impulso por aferrarse a aquello con lo que se sentía fuerte y seguro, trató de evitar que se le escurriera en las manos, iniciando un patético espectáculo que casi acabó con él en el suelo. Pero finalmente el arma cayó, y con tan mala suerte, que, como un siniestro capricho del destino, se disparó sobre su rostro, provocándole la muerte instantánea.

Y allí, en esa habitación donde se encontraba aquel teléfono descolgado, aquella vieja lámpara encendida, aquel revolver que aun olía a pólvora y aquel cuerpo sin vida que hacía unos instantes exhalaba su último aliento, si hubiera habido algún alma con vida, podría haber escuchado como aquella misteriosa presencia, aquel visitante nocturno, se daba la vuelta y, lentamente, se marchaba, llevándose consigo aquello que vino a buscar, aquello que a Laurent ya no le pertenecía.